

—¿Cómo lo habeis sabido? volvió á preguntar Humboldt

—Porque encontré esto en la cueva, dijo Bonpland con el corazon oprimido, enseñando á su amigo una *flor de fuego*, no marchita aún.

CAPITULO XIV.

En las llanuras.

Al pié de la gran roca de granito, que resistió en la edad primitiva de nuestro planeta á la irrupcion del agua, al formarse el golfo de las Antillas, comienza una inmensa llanura. Dejando atrás los valles montañosos de Caracas y el lago de Tacarigua, rico en islotes y en el cual se reflejan los árboles vecinos; dejando atrás las praderas, adornadas con el suave verde de la caña de azúcar de Taiti, ó por las primeras sombras de los arbustos del cacao; descansa la vista en el Sur sobre

páramos que subiendo aparentemente, limitan el lejano horizonte.

De la abundancia lozana de la vida orgánica, entra el viajero sorprendido á un desierto sin vegetacion. Ni una colonia, ni una roca se eleva en el espacio inmenso. Solo aquí y acullá se encuentran bancos quebrados de una superficie de doscientas millas cuadradas, notablemente mas altos que las partes inmediatas. Los indígenas llaman á estos fenómenos *bancos*, casi adivinando en el espíritu del idioma el estado antiguo de las cosas, habiendo sido estas elevaciones, en efecto, bajíos, y las llanuras fondo de un inmenso mar mediterráneo.

Con frecuencia una ilusion recuerda durante la noche, imágenes de épocas lejanas, porque cuando al subir y bajar violentamente alumbran las estrellas principales la orilla de la llanura, ó si se refleja su imagen en la capa inferior de los vapores, se cree tener delante al océano. Como éste, lleva la llanura al sentimiento de lo infinito; mas apacible es á la vez la vista de la superficie clara del mar, en el cual cabrillean las olas fácilmente movibles; pero muerta, y sin movimiento se extiende la llanura, como la costra desnuda de una roca.

La naturaleza ofrece el fenómeno de estas grandes llanuras, en todas las zonas; en cada una de ellas tienen un carácter particular, una fisionomia que está determinada por la diferente configuracion del suelo, por el clima y por la altura sobre el nivel del mar.

En el Norte de Europa se pueden considerar como verdaderos páramos, los países cuyas llanuras se extienden desde la punta de Jutlandia, hasta la desembocadura del Schelde, cubiertos de una sola especie de plantas; pero como páramos, de corta extension, comparándolas con los llanos y pampas de la América del Sur, ó con las praderas del Missouri y rio de Cobre, en donde corren el bisonte y la pequeña almizclera.

Una vista mas grandiosa y extensa, ofrecen las llanuras en el interior de Africa. Parecidas á la vasta superficie del mar Pacífico, han querido explorarlas en la época actual: son partes de un mar de arena, que separa hácia el Oriente regiones fértiles, ó las encierra en forma de islas, como el desierto cerca de las montañas basálticas de Haruich, en donde el oasis de Siwah, fértil en dátiles, y las ruinas del templo de Amonian señalan el antiguo punto de una formacion anterior al hombre. Estas superficies desiertas, no humedecidas ni por la lluvia, ni por el rocío, no desarrollan en el seno ardiente de la tierra, el gérmen de la vida vegetal; porque se elevan en todas partes columnas de aire caliente, disuelven los vapores y ahuyentan las nubes. Manadas de gacelas, lijeros avestruces, sedientas panteras y terribles leones, recorren el espacio inmenso en lucha desigual. De otro género son las llanuras del Sur de América.

Desde las cordilleras de la costa de Caracas se extienden las llanuras hasta los bosques de Guayana; desde las montañas de Mérida, en cuyas serranías es objeto de

una superstición religiosa la laguna de Oran, por parte de los habitantes, hasta el gran Delta, que forma el Orinoco en su desembocadura. Las llanuras se extienden al Suroeste, semejantes á un brazo del mar, al otro lado de la orilla del Meta y Vichata, hasta las fuentes poco conocidas del *Guaviare*, ó hasta el solitario cerro, que las tropas españolas bautizaron, en el juego de su fantasía, con el nombre de El Páramo de la Suma Cruz.

Este páramo ocupa un espacio de mas de 40,000 leguas cuadradas. Su extensión es tan inmensa, que en sus límites del Norte tiene arbustos de palma, y al lado Sur está casi cubierta con nieve eterna. El «touyon,» parecido al *casobar*, es propio de estas *pampas*, así como las manadas de perros silvestres, que viven en chozas subterráneas, acometiendo algunas veces á la gente, con cuya defensa luchaban sus antepasados. *Agutis*, pequeños ciervos, armadillos, que parecidos á las ratas inquietan á las liebres en sus agujeros subterráneos; manadas de *chiquires* perezosos, algalias, que infestan el aire; el gran león sin melena, tigres, que cargan con facilidad con un toro; estas y otras especies de animales corren por las llanuras desprovistas de árboles.

Por sí solas no hubieran podido estas llanuras atraer á ninguna tribu de pueblos nómades, que prefieren los alimentos vegetales á los demás, si no encontrasen allí de cuando en cuando, una especie de palma, la *mauricia*. Muy conocida es la utilidad que se saca de este árbol. El solo mantiene en la desembocadura del Orinoco

á la nación de los Guaraunas, que en tiempo de aguas, cuando el Delta está inundado, viven en hamacas, suspendidas de un árbol á otro.

Estas chozas, suspendidas en el aire, están cubiertas con leña. Sobre la base húmeda, mantienen las mujeres la lumbre para su uso doméstico, lo que ofrece un interesante espectáculo al que pasa en canoa y ve subir las llamas en el aire, separadas del suelo.

Los Guaraunos, deben pues la conservación de su independencia física y aún moral, al terreno suelto de cenagal, sobre el que corren con ligereza, así como á la necesidad que tienen de vivir en los árboles, donde no es fácil que lleve el entusiasmo religioso á los misioneros americanos.

La *mauricia* no solo proporciona habitación segura á los Guaraunos, sino tambien varios alimentos. Antes de estar en flor, y solo en esta fase de metamórfosis vegetal, contiene la médula del tronco una materia harinosa parecida al sagú, y que lo mismo que la raíz de yuca se seca en capas delgadas. El jugo fermentado del árbol, es el vino embriagador y dulce de los Guaraunas. La fruta parecida á las agallas del pino, proporciona alimentos de diversas clases, segun se come, ó despues de la formación completa del azúcar que contiene, ó mas ántes en un estado harinoso. Así encontramos en la escala inferior de la inteligencia humana, la existencia de toda una tribu ligada á un solo árbol.

Más adelante de las llanuras se encuentran, á distancia de jornadas enteras, chozas construidas con carrizos y correas, y cubiertas con pieles. Manadas innumerables de reses, caballos y mulas silvestres, hacen sus correrías en el páramo. La propagacion inmensa de estos animales del antiguo Mando, es tanto más admirable, cuanto que son muchos los peligros con que tienen que luchar en aquellas regiones.

Cuando bajo los rayos perpendiculares del sol, que raras veces se cubre con nubes, se convierte en polvo el zacate carbonizado, se abre el suelo endurecido, como si hubiese estado conmovido por fuertes temblores; pasando por él corrientes de aire en direcciones encontradas, cuya lucha acaba en un movimiento circular, ofrecia esta llanura una vista extraña. La arena se eleva en forma de embudo, á tal altura, que parece tocar el suelo con sus puntas, por el aire enrarecido, y acaso por el centro del torbellino, cargado con electricidad, semejante á las trombas marinas, que teme tanto el pescador experimentado. El horizonte se acerca repentinamente, y parece hacerse más estrecho el páramo, así como se contrista el ánimo del viajero. La tierra polvosa y caliente que está suspendida en un círculo de vapor nebuloso, aumenta el calor sofocante de la atmósfera. En lugar de fresco se aumenta el calor por el viento seco de Oriente.

Así mismo desaparecen paulatinamente los pantanos, que protegen la *mauricia* contra la evaporacion. Así

como en el Norte glacial mueren algunos animales de frio, así dormitan allí el lagarto y el boa muy enterrados en el suelo reseco. En todas partes la sequía anuncia la muerte, y en todas partes persigue al sediento, en combinacion con los rayos de refraccion de la luz, el fantasma de la superficie del agua movida por las olas. Envueltos en densas nubes de polvo, y atormentados por el hambre y la sed, corren los caballos y las reses, éstas dando bramidos, y aquellos con la cabeza levantada parece quieren descubrir por la humedad de la corriente del aire, la aproximacion de un pantano aún no enteramente seco.

Las mulas, más astutas y más pausadas, procuran satisfacer la sed de un modo diferente. A una planta esférica, el nopal de melon, que encierra en su capa espínosa una médula con jugo, quitan estos animales las espínas y aun con riesgo de espinarse, chupan el jugo refrescante.

Aunque al calor ardiente del día sigue el fresco de una noche con alguna duracion, no pueden gozar todavía del reposo las reses y caballos, porque entonces los vampiros les chupan la sangre, ó se les cuelgan en la espalda, en donde causan heridas graves que sirven de refugio á mosquitos, tabaños y otros insectos. De este modo llevan los animales una vida penosa, cuando por el ardor del sol desaparece el agua.

Entrando al fin, después de una larga sequía, el tiempo benéfico de las aguas, cambia como por encanto la escena en las sabanas. El azul intenso del cielo hasta

entonces sin nubes, se hace mas claro. Apenas se reconoce durante la noche el espacio oscuro en la constelacion de la cruz del Sur, y se apaga el brillo suave fosfórico de las nubes de Magallanes. Aún las estrellas zenitales brillan con una luz vibradora. En el Sur aparecen en lontananza nubes aisladas, y los vapores se expanden como neblina sobre el zenit. El lejano trueno anuncia la lluvia vivificante.

Apenas está humedecida la superficie de la tierra, cuando se cubre el páramo odorífico con gran diversidad de plantas. Las mimosas, saludan al sol cuando sale abriendo sus hojas, así como el canto matutino de los pájaros, y la flor de las plantas acuáticas. Caballos y reses pacean alegremente; entre el alto zacate se oculta el tigre, acechando á los animales y agarrándolos de un gran salto igual al tigre asiático.

Si entonces crecen paulatinamente los rios, que están en los montes de las llanuras, como el Aranea, el Azuire y el Payara; la naturaleza entonces obliga á los mismos animales, que por una parte del año se mueren de sed, á vivir como anfibios; una parte de la sabána aparece como un inmenso mar de agua. Las yeguas se retiran con sus potros á los bancos superiores que sobresalen como islas encima del agua. Todos los dias se hace mas estrecho el espacio. Por falta de pasto múdanse los animales á un corto espacio, alimentándose con escasez de las yerbas que sobresalen en la superficie del agua.

Muchos potros se ahogan, á otros los devoran los lagartos.

En la vasta naturaleza viven tambien muchas especies de hombres. Separados por la diversidad de las lenguas, unos son aun nómades, otros extraños á la agricultura, comiendo hormigas, goma y tierra; la hez de la humanidad (como los Otomacos y Yarmos); otros se han establecido y viven de frutas que ellos mismos han cultivado. Son mas juiciosos y mas morigerados en sus costumbres, que los *Maquiritaros* y *Makos*. Grandes territorios entre el Cassiquiare y el Atabapo están habitados solo por tapiros y monos sociables, pero no por hombres. Imágenes grabadas en rocas, demuestran que aun en estos desiertos ha reinado en tiempos remotos una civilizacion superior. Ellas, así como la forma de idiomas declinables, que pertenecen á los movimientos indestructibles de la humanidad, demuestran el cambio de los destinos de los pueblos.

¶ Pero si en las llanuras, los tigres y los lagartos luchan con caballos y reses, vemos al contrario, en sus playas, llenas de bosques, en los desiertos de la Guayana, luchar al hombre con el hombre. Con horroroso apetito beben allí pueblos enteros la sangre de sus enemigos; otros los estrangulan, otros en apariencia sin armas, les asesinan con gambete de mar, impregnado de veneno. Las hordas mas débiles, al pisar la playa arenosa, hacen desaparecer con las manos las huellas que dejan sus tímidos piés.

De este modo se prepara siempre el hombre de la escala mas inferior de la brutalidad, una vida penosa. Así persigue al viajero en el vasto globo, sobre mar y continentes, como al historiador por todos los siglos, la imagen monótona, desconsoladora de la enemistad de nuestra esfera.

Por este motivo, el que en la lucha no decidida de los pueblos desea el sosiego intelectual, dirige gustoso sus miradas hácia la vida tranquila de los vegetales, ó hácia la accion interior de la fuerza de la naturaleza, ó entregado al instinto innato, que hace millares de años está en el pecho del hombre, mira hácia las estrellas, que en una armonía no interrumpida concluye su objeto eterno (1).

Esto sucedió entonces con Humboldt.

Desde la visita de la barranca de Cuchivano, habian pasado algunos dias, en que habian andado mucho; dias de nuevas operaciones geodésicas, exploraciones y descubrimientos; dias en que buscaban en vano á la infeliz Nunul

Los viajeros habian perdido enteramente la huella de los zambos fugitivos. Bonpland ya se habia resignado á no volver á ver á Nunul; pero era hombre que sabia encerrar en su pecho el dolor, como debe hacerlo todo aquel que sufre golpes inevitables del destino. Silencio

(1) Humboldt; vistas de la naturaleza. parte 1., pág. 1.-23.

so y grave, siguió á Humboldt aconsejándole que no se desviara de su plan primitivo de viaje.

Los dos amigos se dirigian hácia el convento de *Caripe*, el lugar principal de las misiones de *Caimas*. Se propusieron subir á los cerros *Cocollar* y *Turimiquiri*.

Primeramente pasó la vereda, leguas enteras al Este por la mesa alta de *Cumanacoa*, el antiguo fondo de mar, y se dirigió hácia el Sur. Pasaron por la pequeña colonia de los indios, *Aricagua*, situada en un punto muy hermoso, rodeado de colinas y poblado de árboles.

Desde allí sube el terreno. No es fácil describir los goces de un viaje científico de esta clase. Veintidos veces tenian que pasar los viajeros el *Pututucar*, un río de una rápida corriente, lleno de montañones de piedras calcáreas.

Llegado á las cumbres del cerro *Cocollar*, ya no vieron ni bosques ni árboles. Se les presentó una gran mesa alta, cubierta de zacatonos.

Solo las mimosas con la corola hemisférica, y un tronco de 3 á 4 piés, interrumpian la monotonía de las sabanas..... las sabanas de que tanto habian oido y leido Humboldt y Bonpland..... pero que tenian entonces por primera vez ante su vista.

En medio de esta sabana habia una hacienda aislada. Allí se detuvo Humboldt con su pequeña caravana; allí se quedó, siendo bien recibido del propietario rústico y afable, por tres dias, y allí fué donde, sentado frente á

á la casa, en las altas horas de la noche, se entregó á contemplaciones y pensamientos filosóficos.

¡Cuán solitario era este lugar! y cuán aislado se sentía Humboldt en este momento!

Allí no se veía nada..... nada mas que la sabana.

Pero ¡qué aire tan fresco y agradable, y qué noche tan hermosa!

Bonpland y el dueño de la casa, que habian estado sentados junto á Humboldt, para gozar del fresco de la noche, la magnificencia de la naturaleza..... se quedaron dormidos.

Singular destino que á un hombre solo habia llevado hasta allí.

El dueño afable de la casita, habia llegado un día con una tripulacion que debia establecer en la costa del golfo de Pavía, cortes de madera para la marina española.

En los grandes bosques que hay al rededor del mar de Antillas, intentaron escoger los troncos mas grandes para enviarlos anualmente al astillero de Caraquez, cerca de Cádiz.

Pero los hombres blancos, no aclimatados, tenian que sucumbir, á causa del trabajo penoso, á los ardores del sol, y al aire malsano de los bosques. El mismo aire, que está impregnado del perfume de las flores, hojas y maderas, trae el gérmen de la disolucion á los órganos del cuerpo humano.

Se presentaron fiebres malignas; murieron los carpinteros de la marina real, y los sobrestantes del nuevo establecimiento y el golfo llamado por los españoles, *el golfo triste*, fué la tumba de los marinos europeos.

El habitante de la casa aislada, habia tenido la rara fortuna de escapar de este peligro. Despues de haber visto morir á los suyos, se retiró muy léjos de la costa malhadada, hasta el cerro de Cocollar.....

Sin vecindad..... solo y aislado..... en pacífica posesion de un terreno en la sabana, de 8 leguas..... disfrutaba allí de independencia como la proporciona el aislamiento, y de aquel humor alegre, propio de hombres sencillos, que despues de largas luchas y golpes del destino, logran crear por sus propias fuerzas, nuevos medios de existencia.

Singular destino!..... Humboldt reflexionó sobre esto. Destino duro..... pero siempre preferible al del Prior de San Fernando.

Por un largo rato permanecié allí sentado, pensando y contemplando.

Al fin dijo poniéndose en pié:

—Nada es comparable á la influencia de una tranquilidad majestuosa, que la que ejerce la vista del cielo estrellado en este lugar solitario. ¿No es esto un inmenso jardin de mundos, que se nos presenta en toda su inmensidad? ¿No hay acaso tambien allí, como en nuestro pequeño globo, un *desarrollo de eterno progreso?*

Humboldt se detuvo contemplando, despues continuó:

—Así como observamos en nuestros bosques la misma especie de árboles en todos los grados de su crecimiento y sacamos de esta contemplación, de esta coexistencia, la impresión de un desarrollo progresivo de la vida; así conocemos también en el gran jardín de mundos de allí arriba, los más diversos grados de una formación paulatina de astros. El proceso de la condensación, que enseñaba Anaxímeno y toda la escuela Jónica, parece verificarse casi ante nuestra vista. ¡Cuán grande es este objeto de la investigación para nuestra fuerza de fantasía..... Lo que ejerce tanto atractivo en las diversas esferas de la vida, y en todas las fuerzas interiores del universo, es ménos el reconocimiento del *ser*, que el de *lo que ha de ser*..... aunque esto sea solo un nuevo estado de lo que existe ya materialmente.

Así había guardado silencio durante una hora. Reflexionó respecto del *contenido* de las *especies* del *universo*, la *repartición de la materia*..... de la materia condensada y convertida en cuerpos celestes, que hacen una rotación circular.

Su gran espíritu se trasportó entre los millones de soles y mundos de lo infinito.

Vió de la neblina planetaria formarse estrellas..... vió exhalaciones..... el gran número de estrellas fijas... El mar de sol en la vía lactea..... grandes masas de cometas errantes en órbitas excéntricas en el universo.

Meditando sobre todo esto..... repentinamente sensaciones extrañas y desagradables le hicieron volver de aquellos pensamientos á la realidad.

Se le hizo más dificultosa la respiración..... se le figuró que había desaparecido el fresco agradable de la noche, y sustituido una temperatura más elevada.

En efecto..... así fué; el horizonte parecía cubierto de bruma, aunque pocos momentos ántes, el cielo había estado sereno.

¿Cuál era la causa de este fenómeno extraordinario?

Nada se veía nada se percibía..... dominaba un silencio sepulcral en la sabana, que es lo característico de aquellas regiones.

En aquel espacio sin fin, no se propaga el sonido; solo puesto el oído sobre el suelo, se percibe el tiro de una arma, el galope de los caballos, el trote del búfalo.

En ningún punto puede propagarse el sonido, porque en todas partes le absorben las nubes y millares de puntas de zacate. En silencio parte el animal; en silencio huye ante el enemigo; en silencio éste le acomete, y solo herido dá un grito de dolor, ó de rabia, de que él mismo se espanta.

¡Cosa extraña!..... ese silencio magestoso que acababa de deleitar tanto á Humboldt y le había llenado de sentimientos elevados..... este mismo sentimiento le oprimía entonces el pecho como el peso de una montaña. Le asaltó un pensamiento de angustia, que hasta entonces había sido desconocido para él.

Se paró con la esperanza de facilitarse la respiración..... en vano.

Se le figuró ver un ligero humo; esparcido por el aire. Alejandro miró atemorizado, hácia la casa, creyendo que ésta se quemaba; pero nada extraordinario ocurría en ella.

Más, el humo se aumentó..... y una capa muy densa empezaba á oscurecer las estrellas.

Aún mas caliente y sofocante se hizo el aire..... algunas veces era como si se convirtiese en una corriente de fuego.

Esta misma corriente se dirigia hácia la casa, de manera que provenia del lado hácia el cual Humboldt tenía vuelta la espalda.

—¿Qué será esto? se preguntó, dirigiéndose al otro lado de la casa. Allí se detuvo estupefacto: una ráfaga de color rojo, que se extendia en el horizonte sobre un inmenso espacio, coloreaba todo el cielo.

Esta luz se hizo mas brillante, mas extensa, mas grande.....

Aumentóse el calor sofocante.

Repentinamente le pareció á Humboldt que temblaba la tierra.....

Pensó en un terremoto; pero lo que sintió no fueron movimientos de oscilacion, ni de trepidacion del suelo.... fué..... un estremecimiento del mismo suelo, como si se acercasen algunos regimientos de caballería.

Toda la sabana estaba en movimiento. Alumbrada

por la ráfaga roja, que iba en aumento, se movia el zacate alto, igual al mar enfurecido; pero la causa de esto no pudo haber sido el viento..... Se veian como millares de cabezas.....

—¡Justo cielo! exclamó Humboldt; ¿serán acaso indios?.....

En aquel momento hacia un calor sofocante..... El cielo estaba ennegrecido de humo..... Olas de fuego se esparcian sobre la llanura, y Humboldt ya pudo notar cierto movimiento en las llamas.

Un pensamiento horroroso le vino á la mente.

Se acercó á Bonpland y al dueño de la casa para despertarles. Estos se levantaron asustados; pero mas lo fueron cuando sentian temblar la tierra, y percibian un ruido extraño, como si miles y miles de caballos se acercaran corriendo.

En efecto, se percibia un ruido espantoso, como si se hubiesen abierto las puertas del infierno.

Bonpland y el dueño de la casa no habian tenido tiempo suficiente para ponerse en pié, cuando por los lados de la casa pasaban corriendo masas oscuras, con la velocidad del viento, y en tan precipitada fuga, que en los primeros momentos nada se podia distinguir.

Pero pronto conocieron lo que era: manadas pertenecientes al dueño del rancho, reses y caballos, mezclados con búfalos, lobos, venados, ciervos y aun fieras.

Terribles relucian los ojos de los búfalos, que, inclinando las cabezas casi hasta el suelo, rugian terrible-

mente, dejando atrás una huella de espuma que les salía de la boca y narices. Sobre ellos brincaban los caballos, aterrorizados; huían los tigres para salvarse de una muerte segura; tan grande fué el terror de miles de animales, que, como ciegos, corrían hácia un abismo, en que centenares de ellos encontraban la muerte.

Todo esto vieron Humboldt y sus compañeros, medio aturdidos y medio sofocados por el humo, mientras la multitud de animales pasaba con una violencia aterrorizadora, hasta que el dueño de la casa, que había ido al interior de la misma, se presentó pálido como la muerte, exclamando:

—¡Salvaos, salvaos! la sabana está quemándose.

Entonces observaron los demás, que todo el horizonte estaba cubierto de llamas.

Era un inmenso mar de fuego, que se propagaba con una rapidez indecible.

Lo que había parecido á Humboldt, pocos momentos ántes, como una ráfaga de luz á una distancia de muchas millas, era entonces una inmensa columna de fuego, que se propagaba con la velocidad del rayo.

—¡Salvaos, salvaos! repitió el dueño de la casa, sacando algunos caballos que tenía en la caballeriza. ¡Pronto! amarrad las mulas á las colas de los caballos, y huid.

El momento era tan angustiado, que Humboldt, Bonpland y los criados, obedecieron sin perder tiempo.

—¡Idos ahora! volvió á decir el de la casa, ó sois per-

didados; pues dentro de media hora, todo esto estará convertido en cenizas.

—Pero ¿á dónde hemos de ir, ó qué dirección tomamos? preguntó Humboldt, que había montado ya en su caballo.

—Detrás de los animales, contestó el otro: el instinto los lleva seguros; pero tomad siempre la izquierda, porque á la derecha está la barranca.

—¿Y vos? preguntó Humboldt horrorizado, al ver que el hombre no había hecho preparativos para irse.

—¡Idos! volvió á decir éste.

—¿Y vos? repitió Humboldt.

—«Me quedo,» contestó con mucha calma el de la sabana; no vuelvo á cambiar mi modo de vivir, ni mi mansión. Aquí, donde he estado feliz, quiero morir. Adios, dentro de media hora estaré con mi casa y mi propiedad convertido en un montón de cenizas.

—¡Señor! exclamó Humboldt horrorizado; pero no pudo continuar. Ya se acercaban las llamas como lenguas del infierno, y los caballos, llenos de sudor y espantados, y que ya desde ántes no podían sujetarse, no se detuvieron, y corrían á todo escape en pos de los demás animales.

En el mismo instante pasaban dos figuras humanas montadas á caballo; el de adelante traía una mujer en los brazos.

—¡Nunul! exclamó Bonpland.

Mas la aparición había pasado como un rayo.

Cuando salió el sol..... la sabana se hallaba convertida en un inmenso montón de cenizas.